

## LA CARTOGRAFÍA ATLÁNTICA DEL NUEVO MUNDO Y DE LA UTOPIA

*Rodrigo Ottonello*

### NUEVO MUNDO

En la medida en que los modernos elaboraron cartografías globales cada vez más precisas y detalladas, la idea de un lugar no localizable dejó de tener espacio terrenal.<sup>1</sup>

El planisferio apropiado en 1502 por el espía italiano Alberto Cantino, quien lo robó de Portugal, mostraba cosas inusuales en una imagen del mundo, comenzando por una de las primeras representaciones de los territorios hoy llamados América. Por otra parte, al indicar esa notable e inédita precisión geográfica, este singular mapa no se detenía en los bordes de los terrenos encontrados, como era costumbre hasta entonces, sino que daba cuenta en parte de sus espaldas, de lo que aún no se había llegado a ver, afirmando un espacio cuya necesidad era independiente de la definición de lo que lo llenaba.<sup>2</sup>

Todas las cartografías disponibles hasta entonces, desde las de Marinus de Tiro y Ptolomeo en el siglo II a las de Fra Mauro y Henricus Martellus en el XV, apenas dejaban un borde de mar o tierra luego de alcanzados los territorios conocidos, de modo que el mundo se ve en ellos como encerrado por el mapa. El mapa de Juan de Cosa de 1500, el más antiguo entre los que muestran América, a pesar de significar una notable ampliación respecto a los precedentes, se detenía al llegar a los nuevos territorios, dejando en suspenso la definición de si se trataba o no de una parte de Asia. En cambio, en el planisferio Cantino los territorios no dan la forma al todo, sino que son partes separadas por inmensas extensiones de agua que constituyen una superficie global sobre la que puede

---

1 La obra reciente de Fernando Beresniak, (*El Imperio científico. Investigaciones político-espaciales*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2017), es fundamental y única en el tratamiento de las razones y consecuencias tanto políticas como metafísicas de las cosmologías elaboradas por Copérnico, Galileo y Newton. Este trabajo nace del diálogo con dicha obra.

2 El mapa de Juan de Cosa de 1500 es el más antiguo que se conoce con la incorporación de América, pero una vez que llega a los nuevos territorios se corta, sin definir completamente si se trata de una extensión de Asia o de otro continente.

o no haber algo más. Es un mapa que no admite exterioridad; si se agrega algo, será dentro suyo. El pergamino conservado carece incluso de borde o marco propio ya que sus límites padecieron un recorte; es decir que no hay nada más allá del mar, accidente que radicaliza su separación con los mapas precedentes, siempre ornamentados con gruesos marcos representando al cosmos que guardaba al mundo, cielo donde asomaban tanto astros como deidades.

Tal vez Nicola Caveri, al hacer en 1505 una versión actualizada del Cantino, se inspiró en esa falta de borde para reducir el de su mapa a un mínimo donde apenas cabe algo. O tal vez existió un gesto colectivo de los cartógrafos, verdaderos artífices de cerrar las puertas del cielo. El mapa de Waldseemüller y Ringmann de 1507, el primero donde América recibe su nombre, usa el marco para un arreglo floral decorativo, sin ofrecer imagen del cosmos, y si bien los vientos que soplan desde las puntas llegan desde cabezas flotantes con cabellos inquietos (reminiscencias angélicas), las figuras que abren el enmarcado ya no son divinidades, sino las de los científicos Ptolomeo y Vespuccio. Más sobrios son los mapas de Contarini (1506) y, sobre todo, de Ruysch (1507), que antes que usar decoración alguna dejan completamente vacío el amplio marco que rodea a su imagen cartográfica. El de Sylvanus, en 1511, apenas insiste en los ángeles sopladores. Luego, el mapa de Diego Ribero de 1529, ofreciendo una imagen vasta de América y conociendo que el mundo ha sido circunnavegado por Magallanes y Elcano, es una inmensidad oceánica donde las tierras lucen más pequeñas que nunca y donde las aguas definitivamente se tocan de punta a punta; no hay ningún límite exterior, no hay fuera del mapa. El mundo está cerrado como una esfera perfecta y solo queda ver lo que hay dentro.<sup>3</sup>

\*

---

3 Sobre la historia de los mapas: Daly, Charles P., “Annual Address: The Early History of Cartography, or What We Know of Maps and Map-Making before the Time of Mercator”, en *Journal of the American Geographical Society of New York*, Vol. 11, 1879, pp. 1-40; J.B. Harley y D. Woodward (eds.), *The History of Cartography. Volume One: Cartography in Prehistoric, Ancient and Medieval Europe and the Mediterranean*, Chicago, University of Chicago Press, 1987; J.B. Harley y D. Woodward (eds.), *The History of Cartography. Volume Three: Cartography in the European Renaissance*, Chicago, University of Chicago Press, 2007; J. Brotton, *Uma história do mundo em doze mapas*, Río de Janeiro, Zahar, 2014.

La primera descripción célebre de lo que había en ese espacio presente pero inexplorado fue la ofrecida por Cristóbal Colón, mediante la edición impresa, en 1493, de una carta con su relato sobre las islas encontradas y sobre las características y costumbres de los pobladores, “inestimables en número”, quienes andaban “todos desnudos, hombres y mujeres”, quienes no tenían “hierro ni acero ni armas”, quienes recibieron a los navegantes europeos como a “hombres del cielo”, dándoles de comer y beber “con un amor maravilloso” y quienes, contrariamente a lo que se temía, no eran “hombres monstruosos”.<sup>4</sup> El navegante europeo no sabía que se encontraba en la proximidad de un nuevo continente, pero estaba en condiciones de afirmar a los reyes a quienes servía que “estas islas y todas las otras son así tuyas como Castilla” y que sus habitantes podían ser tenidos “por cristianos y por de los Reyes de Castilla más que las gentes de Castilla”.<sup>5</sup>

La asimilación tan inmediata de lo otro como propio supone más que un evidente afán conquistador. El mundo al que llega Colón no es extraño ni temible, sino nuevo. En sus relatos sobre el primer viaje, así como en la narración de Rustichello de Pisa sobre los viajes de Marco Polo (publicada a inicios del siglo XIV), las expresiones “un nuevo”, “de nuevo” o “nuevamente” se usan para referir a algo conocido que sucede otra vez desde el principio, un recomenzar que se añade a lo anterior (otro papado, otro viaje, un animal joven). En tanto extensión de lo conocido, lo que es nuevo no es extraño ni temible (a menos que se trate de una nueva extrañeza o un nuevo temor) y existe de algún modo desde antes de ocurrir y desde el seno de lo ya existente. Con lo nuevo, a pesar de su diferencia, se comparte origen. Las tierras del Gran Kublai Kan, por ejemplo, nunca son para Polo algo nuevo debido a su condición extraña, maravillosa, antigua y diversa. Colón, en cambio, escribía a fines de 1500: “cometí viaje nuevo al nuevo cielo é mundo, que fasta entonces estaba en oculto”.<sup>6</sup> Aquí existe una relación de continuidad entre el lado oscuro de lo Otro y lo que se

---

4 C. Colón, *Carta enviada de Lisboa a Barcelona en marzo de 1493*, Paris, Tross, 1870.

5 C. Colón, “Relación del primer viaje de Cristóbal Colón para el descubrimiento de las Indias puesta sumariamente por Fray Bartolomé de Las Casas”, en *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*, Madrid, Librería de la Viuda de Hernando, 1892, pp. 104 y 115.

6 C. Colón, “Carta del Almirante Don Cristóbal Colón al Ama que había sido del Príncipe D. Juan”, en *Ibíd.*, p. 312.

sabe de lo Mismo que es consustancial a la negación de todo límite exterior, de modo que quien busca en la sombra nunca llega a un abismo, una caída o una clausura ciega, sino que vuelve a encontrarse, nítidamente, consigo.

Estas nociones están plenamente expuestas en el *Mundus Novus* atribuido a Américo Vespucio, texto de enorme celebridad desde sus primeras ediciones en 1504. Aquí la idea de lo nuevo —protagonista central del relato— se fija a la de lo desconocido en sentido pleno, de modo que todo lo desconocido es nuevo, es decir una repetición, un comienzo, un origen, un dato primigenio que vuelve a la luz. Vespucio no deja de remarcarlo en su descripción de los habitantes de ese mundo: andan desnudos tal como salen del vientre de sus madres y hasta la muerte; viven juntos sin rey, sin gobierno y siendo cada uno su propio amo; no tienen iglesia, ni religión, y no son idólatras; no comercian ni truecan; van a la guerra sin arte ni orden, avanzando con sus cuerpos desprotegidos como las bestias; viven hasta ciento cincuenta años y raramente se enferman; incluso las madres parecen vírgenes. Todo esto permite que el cosmógrafo aventure la siguiente hipótesis: “si en algún lugar de esta Tierra hay un paraíso terrenal, estimo que no debe estar distante de estas partes”<sup>7</sup>.

Al concluir el relato, Vespucio declara que la vastedad de las tierras y de las cosas desconocidas es tanta como cuando el mundo comenzaba.<sup>8</sup> Esta magnitud por descubrir, en apariencia misteriosa, guarda la certeza implacable de que nada de lo por conocer puede ser más avanzado que los navegantes y cosmógrafos que lo encontrarán. En el mundo moderno puede hallarse el Paraíso, pero no la Atlántida.

#### ATLÁNTIDA

“¡Ay!, Solón, Solón, ¡los griegos seréis siempre niños!, ¡no existe el griego viejo!” Así habló un sacerdote egipcio a uno de los hombres más destacados y sabios de Grecia, advirtiéndole que la antigüedad se remontaba más atrás de lo que creía, que antes del nacimiento de la Atenas actual había existido otra Atenas, mejor y más bella, cuya máxima gloria había sido detener el avance de

---

7 A. Vespucci, *Mundus Novus. Letter to Lorenzo Pietro di Medici*, London, Oxford University Press, 1916, p. 9.

8 *Ibíd.*, p. 13.

9 Platón, *Timeo* 22b, Madrid, Gredos, 1997.

otro pueblo olvidado, un gran imperio que desde una isla en el océano Atlántico había conquistado Europa y Asia y que ahora estaba por siempre hundido en aguas que ya no se podían navegar. La Atenas de Solón encuentra allí tres motivos para permanecer humilde: es más joven que Egipto; es una reconstrucción de una ciudad más antigua y notable; está enfrentada a la existencia de cataclismos periódicos que pueden aniquilar todo rastro de grandes reinados. El espacio-tiempo de la ciudad griega está rodeado por lo extranjero, lo antiguo, lo mejor, lo inaccesible, lo imperial (o más grande) y lo catastrófico. Se trata de una geografía que no tendrá ningún sentido para Colón ni Vespucio. Pero una vez que las naves europeas cruzaron el océano Atlántico, el mito platónico de una gran isla perdida, hasta entonces un episodio menor, encontró nuevas fuerzas.

Si bien Platón hace que Critias, en el *Timeo*, diga que el relato sobre la Atlántida es “absolutamente verdadero”, la mayoría de sus lectores coincidió en tratarlo como una fábula, apoyándose en la falta de evidencias concretas sobre la ubicación de la isla y en que ella aparece por primera vez en este diálogo. En todo caso, aun aceptando que se trata de una plena invención de Platón, ella está al servicio de una verdad: si cabe en el movimiento del mundo que un imperio sea completamente aniquilado y olvidado, ese acontecimiento cierto no puede tener historia, pues así quedaría desmentido; una narración que haga justicia a la magnitud de la catástrofe solo puede ser mítica. Pero la Atlántida es otra cosa además de una figura para lo que ya no existe, es una versión teatral de lo efectivamente existente puesta al servicio de advertir un peligro. La ambigüedad del relato de Platón, sumada a su carácter inconcluso (*Critias* termina abruptamente cuando Zeus está por decretar la ruina del imperio), ha permitido que bajo los rasgos de la Atlántida sean identificadas las más diversas naciones del mundo.<sup>10</sup> Sin embargo en las últimas décadas el consenso de los especialistas ha favorecido la solución propuesta por Pierre Vidal-Naquet y Christopher Gill: la Atlántida es una idealización de la ambiciosa Atenas de Pericles presentada como oposición al ideal platónico de ciudad, aquí encarnado por la Atenas primigenia.<sup>11</sup> Se trata de la oposición entre un régimen polí-

---

10 Al respecto, ver: P. Vidal-Naquet, “Atlantis and the Nations”, en *Critical Inquiry*, Vol. 18, N° 2, 1992, pp. 300-326.

11 P. Vidal-Naquet, “Athènes et l’Atlantide. Structure et signification d’un mythe platonicien”, en *Revue des Études Grecques*, T. 77, F. 366-368, 1964, pp. 420-444; C. Gill, “The Genre of

tico fastuoso, altamente urbanizado, marítimo y agresivo y, del otro lado, una ciudad modesta, rural, terrenal y defensiva.

En el relato de Platón la antigua Atenas triunfa contra los invasores atlánticos, provocando que estos deban abandonar su dominio sobre Europa y Asia. La Atlántida es presentada como un imperio que en fuerza y riqueza es superior a la Atenas existente, pero lanzada a la guerra sucumbe ante una Atenas primitiva más simple que la existente y —por gracia de su rectitud— también más bella y poderosa.

La guerra mítica narrada en *Timeo* y *Critias* alude de ese modo a las alternativas entre las que debía debatirse la Atenas de Platón: crecer o moderarse. Que ambas opciones se presenten como habiendo existido efectivamente implica que estos modelos no son ideales inaccesibles: sus existencias en el pasado son condición de sus posibilidades presentes, y a la vez no cabría esperar del futuro nada que ya no haya ocurrido. Por otra parte, que ambas ciudades hayan sido aniquiladas por cataclismos indica que lo que se juega en la alternativa no es la supervivencia, sino una cualidad moral y estética; tanto el modelo deseable como el criticado se derrumban ante calamidades simultáneas e inevitables (“en un día y una noche terribles” la clase guerrera ateniense se hundió en la tierra tras un terremoto y la Atlántida se hundió en el mar tras un diluvio). De todos modos, Platón deja claro que la Atlántida, poblada por la estirpe de los dioses, perdió la rectitud cuando la calidad divina de su descendencia disminuyó por la mezcla con los mortales —un cataclismo eugenésico—, lo que llevó a perversiones y soberbias y promovió que el dios Zeus, disconforme, decidiera aplicar un castigo que los hiciera más ordenados y prudentes.<sup>12</sup> ¿El castigo es el hundimiento de la isla o incentivar que vaya a la guerra con Atenas para que encuentre la derrota? El diálogo culmina antes de que el dios se pronuncie con claridad, pero la segunda opción parece más probable, ya que se habla de un castigo corrector y no de una aniquilación; por otra parte, si el castigo hubiera sido la aniquilación, sería necesario explicar por qué cayó también sobre Atenas.<sup>13</sup>

---

the Atlantis Story”, en *Classical Philology*, Vol. 72, Nº 4, 1977, pp. 287-304.

12 Platón, *Critias*, 120d-121b, Madrid, Gredos, 1997.

13 En su introducción a la edición castellana del *Critias*, Francisco Lisi propone que la interrupción del diálogo puede ser deliberada: “en el panegírico de la Atenas primordial difícil-

La Atlántida, en términos modernos completamente ajenos a Platón, es tanto una suerte de utopía como de distopía: un imperio gobernado por los hijos y descendientes del dios Poseidón, un lugar donde la naturaleza y “muchos reyes, con su largo esfuerzo”, actuaban en común para dar forma a las aguas y las llanuras; y a la vez, una isla de “hombres bárbaros” (a pesar de los nombres griegos que les da el relato), de invasores de otras tierras (quienes así comenzaron a obtener por disputa lo que los dioses inicialmente habían dado por suerte), de hombres que “ya no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron”.<sup>14</sup> Esa doble condición de plenitud y decadencia está ligada a dos regímenes territoriales que Platón presenta como inseparables: de un lado, la completa población de una isla o continente tanto por hombres como por magníficas construcciones que le dan forma total; de otro, la navegación de los mares y la conquista de tierras ya ocupadas. Más que sin-lugar, la Atlántida es un lugar partido por la contradicción entre estar lleno y a la vez desplazado de sí mismo. En cambio, en la ciudad que puede ser considerada propiamente la “utopía” platónica, la Atenas primigenia, el avance técnico, político y económico fundamental es el de una eugenesia estricta que le permite mantener su justa medida.<sup>15</sup> Todo en el mito de la Atlántida llama a no desbordar los límites.

Los navegantes europeos del siglo XVI, transgrediendo el antiguo consejo político de no extenderse, asumían no poder encontrar un mundo más avanzado ya que ellos eran quienes viajaban: ellos eran los nuevos atlantes; y a donde llegaran solo podrían encontrar a esos bárbaros quietos a quienes llamaron “naturales” o “salvajes”.

\*

En los relatos de Homero y Hesíodo, Atlas, conocedor de los mares, fue uno de los líderes en la guerra de los titanes contra los dioses olímpicos y, una vez ven-

---

mente encajaría la descripción de su degradación y castigo”. Platón, *Diálogos VI. Filebo, Timeo, Critias*, Madrid, Gredos, 1997, p. 266.

14 Platón, *Critias*, op. cit.

15 Sobre platonismo y eugenesia ver: F., Ludueña Romandini, *La comunidad de los espectros I. Antropotecnia*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2010, pp. 17-40.

cido, recibió del triunfante Zeus la pesada tarea de sostener el cielo.<sup>16</sup> El mito platónico de la Atlántida reversiona ese drama añadiéndole al menos dos elementos singulares que serán contestados por las acciones de los navegantes y cosmógrafos europeos llegados al nuevo mundo.

Por una parte, mientras Atlas, según Hesíodo, es hijo de Jápeto y Clímine, Platón da ese nombre al primero de los reyes de la isla y lo presenta como hijo de Poseidón; de este modo la Titanomaquia se funde con la historia de la disputa entre Poseidón y Atenea por el patronazgo de Atenas.<sup>17</sup> Ahora bien, a pesar de que los encuentros mitológicos entre Poseidón y Atenea siempre tienen lugar en torno a un conflicto, estos dioses funcionan de manera complementaria, y mientras el primero es reconocido en los oleajes del mar y el furor de los caballos, la segunda es creadora de la navegación y de la brida y el bocado<sup>18</sup>; se trata del encuentro necesario entre la fuerza soberana y la técnica gobernante. Platón, en cambio, al presentar una guerra entre los atlantes de Poseidón y los atenienses de Atenea, radicaliza la distancia, no solo para afirmar que el gobierno técnico es superior a la fuerza soberana —elemento clave del arte político—, sino, más importante aun, que esa superioridad nunca se debe a que el gobierno incremente a la fuerza (caso en el que se diluiría en lo que posibilita, dejando lugar a un simple enfrentamiento entre una fuerza y otra fuerza mayor), sino a que la modera y contiene: así se explica que la modesta Atenas primigenia haya vencido a la Atlántida imperial. Los hombres no pueden ser más fuertes que los dioses y la naturaleza, ni pueden concederles mayor fuerza; pero sí pueden aplacarlos.

En cambio, en manos de los europeos llegados al nuevo mundo, las técnicas, especialmente los armamentos, más que medir o gobernar la naturaleza, la superan con una fuerza propia y distinta ante la que todo lo natural es dócil. Las cartas de relación dirigidas por Hernán Cortés a los reyes católicos, entre 1519 y 1526, son uno de los testimonios más ejemplares de la titánica confianza en una superioridad militar absoluta sobre los naturales. Los conquistadores no solo eran nuevos atlantes, sino que habían llegado a serlo por gracia de sus virtudes

---

16 *Odisea* 1.52; *Teogonía* 507-520.

17 Apolodoro, *Biblioteca mitológica* 3.14.1.

18 Al respecto, M. Detienne y J-P. Vernant, “Le mors éveillé”, en *Les ruses de l’intelligence. La mêtis des Grecs*, Paris, Flammarion, 1974, pp. 178-202.

técnicas, su sabiduría y rectitud: atlantes a la vez que atenienses; es decir, atlantes que no podían perder en la guerra.

Si Platón entendía que su Atenas, mezcla confusa entre la Atlántida y la Atenas primigenia, debía resolverse a favor de uno de esos polos en tensión, en cambio los navegantes, militares y cosmógrafos que llegan al nuevo mundo expresan un desarrollo máximo y efectivo de aquella síntesis presentada como inviable. Esto significa que, así como no cabe el encuentro de los europeos con una Atlántida, tampoco es posible el hallazgo de alguna suerte de Atenas primigenia. El despojo y la simplicidad de los naturales se interpretarán como candor, inocencia o bestialidad, pero nunca como virtud política. No hay, en ningún lugar, alternativa alguna al mundo conocido.

#### ATLÁNTICO

La otra intervención de Platón sobre la Titanomaquia es que, tras la condena dictada por Zeus, en lugar de Atlas cargando el globo celeste sobre su espalda, queda la Atlántida hundida haciendo que el océano se vuelva “intransitable e inescrutable”<sup>19</sup>. Mientras el Atlas hesiódico y homérico es identificado con una montaña (frecuentemente el cordón situado en el norte occidental de África<sup>20</sup>), de modo que las aguas son atlánticas por estar detrás de aquellos pilares que sostienen el cielo, para Platón lo propiamente atlántico es tanto la isla hundida como el océano donde ella se encontraba. Más que un apoyo, la caída de la estirpe de Atlas deja un límite sin paso que contiene al mundo conocido.

Ese horizonte marítimo fue identificado en la antigüedad bajo el nombre del dios Océano, quien según Homero era como un río que circundaba todas las tierras y limitaba con el inframundo. Incluso los primeros mapas modernos que muestran América lo llaman “Océano Occidental”. El descubrimiento del nuevo mundo, sin modificar ese nombre (en el planisferio Cantino se lee “Mare Oceanus”), cambió el estatuto de dichas aguas.

Platón, al igual que lo hizo casi toda la cosmografía griega, asumía que el

---

19 *Timeo* 25d, op. cit.

20 L. Schmitz, “Atlas”, en W. Smith (ed.), *Dictionary of Greek and Roman Biography and Mythology*, Vol I, Boston, Little Brown and Co, 1870, p. 407. Ver también P. Smith, “Atlas”, en W. Smith (ed.), *Dictionary of Greek and Roman Geography*, Vol. I, Boston, Little Brown and Co, 1854, pp. 316-319.

mundo era esférico, incluso que otras regiones distantes podían estar habitadas, es decir, que tras el océano había algo, aunque el límite no podía cruzarse debido al barro dejado por el hundimiento del imperio atlántico; pero, sobre todo, no era deseable atravesar ese límite, tal era la enseñanza que dictaba la historia del declive de la Atlántida como causa o efecto de la expansión ultramarina, y tal era también la actitud ante los viajes desde una filosofía para la cual todo en la tierra está corrompido y corroído, como en una cavidad a la que llegan los sedimentos de una verdadera tierra y un verdadero cielo más elevado, físicamente inaccesible pero sí posible de vislumbrar por el pensamiento.<sup>21</sup> Ptolomeo, en el siglo II, también afirmó la esfericidad del mundo, pero sus proyectos cartográficos estaban circunscriptos a los territorios conocidos, desde un primer meridiano en las “Islas Afortunadas” al último en “Cattigara”, cubriendo así 180° de la esfera planetaria, es decir desde la costa europea y africana del Atlántico hasta los confines de Asia<sup>22</sup>, ciegos a todo lo ulterior.<sup>23</sup>

La extensión marítima hacia América requirió modificar el lugar del Océano en las cartografías. La primera solución, adoptada por el mapa de Juan de Cosa en 1500, por el Cantino de 1502 y por otros inspirados en ellos, fue simplemente borrar el límite previo para correrlo al occidente junto a las tierras añadidas. La otra solución fue la que siguieron el mapa de Giovanni Contarini y Francesco Roselli de 1506 y el de Johann Ruysch de 1507: allí el meridiano cero de la cartografía ptolomeica deja de ser el borde más occidental de la geografía conocida para volverse el centro de un mundo ampliado y abrir, al oeste, a los 180° que faltaban en los mapas del geógrafo griego; con excepción del pequeño punto de tierra de las Islas Canarias, el centro es plenamente acuático. En este desplazamiento el Océano recupera su condición de límite pero bajo nuevos términos. En primer lugar, el límite no es borde, sino medio, de modo que su lugar, antes que entre dos cosas distintas, es entre dos instancias o partes de una extensión continua. En segundo lugar, se trata de un límite extenso, fluido y transitable,

---

21 *Fedón* 108e-114c op. cit.

22 *Geografia di Claudio Tolomeo Alessandrino*, Venetia, Appresso gli heredi di Melchior Sessa, 1599, p. 25.

23 Para una visión general sobre el estatuto del Océano Occidental en el mundo griego: H-G. Nesselrath, “‘Where the Lord of the Sea Grants Passage to Sailors through the Deep-Blue Mere NoMore’: The Greeks and the Western Seas”, en *Greece & Rome*, Vol. 52, Nº 2 (2005), pp. 153-171.

casi tan amplio como aquello que divide. En tercer lugar, es un límite que una vez atravesado solo se deja atrás en un movimiento que a la vez lo sitúa nuevamente por delante.

A diferencia de un límite que se impone por la medida o por el castigo, el nuevo límite atlántico está abierto como una posibilidad permanente. No se trata, sin embargo, de la posibilidad de cualquier cosa. Lo siempre posible es el giro y la revolución. Ni el viejo mundo es Atenas ni el nuevo mundo es la Atlántida, pero el Atlántico es el tránsito actual entre estas dos ciudades posibles. Todas las catástrofes, todas las guerras y todos los olvidos pueden navegarse de un lado a otro.

\*

En la mayoría de los grandes mapas de los siglos XVI y XVII, las aguas entre el nuevo y el viejo mundo no se llaman “Atlántico”, sino “Mar Océano” (De Cosa, 1500; Cantino, 1502; Porcacchi, 1572; Texeira, 1573; Martines, 1587), “Océano Magno” (Münster, 1532; Desliens, 1566), “Océano Occidental” (Waldseemüller, 1507, 1513 y 1516; Rosselli, 1508; Sylvanus, 1511; Fries, 1522 y 1525; Ribero, 1529; Mercator, 1538; Münster, 1544; Gastaldi, 1545 y 1548; Forlani, 1551, 1565 y 1570; Honter, 1561; De Jode, 1587; Myritius, 1590; Ruscelli, 1598), o se dividen entre un “Océano del Norte” y un “Océano Etíope” (Ortelius, 1570; Mercator (h), 1587; De Jode, 1589; Plancio, 1590 y 1594; Hondius, 1595; Rosaccio, 1597; Vrient, 1596; Magini, 1596; Hulsius, 1598; De Bry, 1599; Paggit 1600; Blaeu, 1606; Purchas, 1625; Jansson, 1628; Ekebrecht y Kepler, 1630; Hondius (h), 1630; Cavazza, 1642; Sanson, 1651, 1652, 1657 y 1669; Visscher, 1652, 1658 y 1690; Blaeu (h), 1662 y 1672; Bouttats, 1663; Blome, 1671; Pitt, 1680; Lea, 1685; Allard, 1685; Valk, 1686; Happel, 1687; De Wit, 1689 y 1690; Petrini, 1700; Schenk, 1700; Zurner, 1700; Funcke, 1700). Ante esta significativa diversidad, los mapas célebres donde el océano se llama Atlántico son pocos: Alpiano, 1520 y 1544; Oronce Fine, 1531, 1532 y 1534; Vadianus, 1534; Mercator, 1569; Angelocrator, 1628; Berry, 1680; Wells, 1700. A lo largo de estos casos no solo se ve que un mismo cartógrafo oscila entre dos o más nombres, sino que las aguas intercontinentales alternan entre diversas regiones del mapa, estabilizándose en su centro hacia la mitad del XVI, pero de todos modos ocasionalmente inquietas.

Entre las obras claves de esa estabilización se encuentra el magnífico e influyente planisferio producido por Gerardus Mercator en 1569, *Nova et aucta orbis*

*terrae descriptio ad usum navigantium emendate accommodata*, imagen del mundo donde las proporciones de las áreas terrestres son sacrificadas a la distorsión (todo se agiganta en la distancia con el ecuador y los polos se expanden al infinito) en beneficio del dibujo de meridianos rectos que, perpendiculares a los paralelos y sin punto común en el eje del globo, facilitan el trazado de líneas de navegación. En este mapa, donde los continentes se ajustan a las aguas y donde el tránsito gobierna al destino, el océano central tiene el nombre de Atlántico. En proyectos cartográficos posteriores, Mercator abandonó ese nombre para el océano entre el nuevo y el viejo mundo, pero la idea de un tránsito global, no solo geográfico, sino también histórico, está en el corazón de su gran libro póstumo, concluido en 1595 por su hijo Rumoldus, *Atlas sive Cosmographiae meditationes de fabrica mundi et fabricati figura*; se trata de la primera ocasión en la que una colección de mapas (empresa anticipada por el *Theatrum orbis terrarum* publicado por Abraham Ortelius en 1570) lleva el nombre del desafiante y derrotado personaje mitológico.

Siguiendo la huella de los relatos sobre los mitos atlantes y griegos ofrecidos por Diodoro de Sicilia, para quien la figura de un titán sosteniendo la bóveda celeste sobre sus hombros es solo un símbolo en honor a quien más sabía sobre la ciencia de la astrología y la naturaleza esférica de los astros<sup>24</sup>, Mercator presenta a Atlas —a quien dedica el prefacio de su libro— como a un sabio rey de Mauritania precursor de la ciencia del cosmos; ya no se trata de una pseudo-divinidad legendaria, sino de un hombre pseudo-histórico. Sin embargo, Mercator no renuncia a las resonancias mitológicas, de modo que los antepasados de Atlas, aunque humanos y no divinos, se llaman Elius (o Sol), Terrenus (o Cielo), Titea (o Tierra), etcétera. Mediante ese proceder, Mercator logra que una teología pagana (humanizada) coexista con un tratamiento científico del relato judeo-cristiano sobre la creación del mundo.<sup>25</sup> Así, sin lugar para luchas entre dioses diversos ni para separaciones dramáticas en el orden del globo, Atlas es redimido de la condición rebelde y del castigo que lo caracteriza tanto en Hesíodo como en Platón, sumándose ahora a una historia general donde todas las edades del mundo se articulan y armonizan. Tal es el espíritu con

---

24 *Biblioteca histórica* III.60 y IV.27.

25 G. Mercator, *Atlas sive Cosmographicae Meditationes de Fabrica Mundi et Fabricati Figura*, Duisburg, 1595, pp. 1-32.

el que Mercator elaboró una cronología que integraba en un continuo común las temporalidades de griegos, romanos, hebreos y egipcios (*Chronologia*, 1569), así como una sincronización del tiempo en los evangelios (*Evangelicae historiae quadripartita monas*, 1592). Cuando todos los espacios y todas las épocas se despliegan en una misma superficie, Atlas, liberado y sabio, ya no sostiene, sino que une y ubica.

En la primera edición del gran tratado de Mercator, la imagen que abre el libro es la de un Atlas cosmógrafo que estudia o fabrica un globo terráqueo suavemente apoyado en su rodilla. En ediciones posteriores, regresó la poderosa imagen del titán sosteniendo el pesado globo sobre sus hombros y cabeza, pero de todos modos allí trabaja un cambio vital: Atlas es el nombre propio de un libro-mundo que cualquier hombre, sin mayor esfuerzo, puede sostener entre sus manos. Esta síntesis y miniaturización de lo inmenso tuvo —y tiene, en sus continuaciones actuales— consecuencias explosivas: una de ellas fue una redefinición tanto física como metafísica de la noción de *pesadez*; otra fue la emergencia de un espacio de vida desencajado de toda geografía.

#### UTOPÍA

En 1077 Anselmo de Canterbury explicó que siendo Dios aquello por encima de lo cual no se puede pensar nada, no puede ser solo un pensamiento, ya que sobre todo pensamiento se puede pensar, añadir, la existencia de lo pensado; un ser más grande que todos los seres no puede ser mera idea y no existir: la idea de Dios es consustancial a su existencia.<sup>26</sup> Esta tentativa de probar la existencia necesaria de Dios no con la fe, sino con el pensamiento, es conocida desde Kant como *argumento ontológico* y ha sido objeto de innumerables réplicas; una de las primeras, la de Gaunilon, cuestionaba ese pasaje del pensar al ser ejemplificando que, bajo el criterio de Anselmo, de la idea posible de una “isla perdida” que supera en excelencia a todas las conocidas habría de seguirse la aceptación necesaria de su existencia, lo cual encontraba absurdo.<sup>27</sup> Esta cuestión, de largas resonancias en la filosofía (en Aquino, Descartes, Kant, Durkheim y

---

26 Anselmo, *Proslogion*, Madrid, Tecnos, 1998, pp. 11-16.

27 Gaunilon, “In behalf of the fool”, en *Proslogium; Monologium; an appendix in behalf of the fool by Gaunilon, and Cur deus homo*, Chicago, The Open Court Publishing Company, 1903, pp. 150-151.

Meillassoux, por ofrecer unos pocos nombres), también requiere ser abordada desde la cartografía atlántica. ¿Existe una isla/tierra/ciudad/república mejor que las conocidas? ¿Puede existir?

Utopía, en la obra de Tomás Moro publicada en 1516, es el nombre de una renuncia: la mejor república, “única digna de ese título”, no tiene lugar, es una “quimera”, una “fantasía” plagada de “nombres absurdos”, un conjunto de legislaciones y costumbres que, presentadas como maravillas por el viajero Pedro Hitlodeo, causan tanto la admiración como la duda de Moro, testigo y transmisor de ese relato.<sup>28</sup> Que Hitlodeo haya dado con Utopía en la continuación de sus viajes por el nuevo mundo iniciados junto a Vespucio, lejos de ser un elemento de la historia destinado a darle cierta credibilidad, es una nota satírica o melancólica, ya que ni a Moro ni a “los cultos” se les podía escapar que el mensaje esencial tanto del *Mundus Novus* como de la carta de Colón de 1493 es que no había ni podía haber en esas tierras un gobierno tan excelente (si es que había gobierno alguno). Utopía es el nombre para un proyecto justamente definido por su relación frágil con la existencia: tal vez no sea posible y si es posible tal vez no sea deseable; se trata de un experimento del pensar que, antes que a realizarse, aspira a servir como pregunta desde la cual abordar una realidad plena y exasperante que no ofrece ningún lugar físico actual donde quepa el hallazgo de una alternativa viable respecto a lo presente.

El nuevo orden atlántico al que se enfrenta Moro tras las noticias de viajes y los planisferios, es uno que no admite ni fisura, ni salto, ni quiebre, de modo que un lugar otro solo existe como posibilidad sin tierra que permanece desplazada a un espacio y/o futuro incierto. Y sin embargo la utopía no llega a ser una imagen de futuro, ya que aquí lo pensable está despojado de toda razón de ser y no cabe guardar esperanza alguna en el progreso de las causas o la historia (semejantes nociones solo surgirán siglos después); ella es más bien una imagen de lo no asegurado, de lo escasamente probable, del azar de la mixtura entre regiones y épocas diversas (así la república de la que habla Hitlodeo nace de la llegada, en el siglo IV, de romanos y egipcios a las costas de América, quienes mezclados con los naturales a su vez se muestran abiertos a la llegada, en el XVI, de los cristianos europeos). Antes que un territorio o una isla, una nave que flota a la deriva en el inmenso límite Atlántico.

---

28 T. Moro, *Utopía*, Oxford, Clarendon Press, 1904.

\*

La Utopía de Moro no es un proyecto ni un destino, sino la constatación de que no hay copresencia terrenal con una ciudad o república mejor que las ya conocidas; es el espacio repleto o enteramente clasificado o vacío de singularidad propia; es el tránsito convertido en único refugio para lo alterno; es el destierro y el naufragio; es el desplazamiento permanente sin promesa de encuentro; es la convergencia de todos los tiempos y todos los continentes y todos los dioses; es la necesidad de lo otro y el desconocimiento de la diferencia; es la escisión entre un pensamiento posible y un ser necesario; es la burla al presente y la imposibilidad de sortearlo; es la exasperación del hoy; es la incertidumbre; es la exigencia de ser uno mismo lo otro; es la cerrazón del cosmos; es menos un nombre para el porvenir que para un presente factible pero sin lugar; es el desplazamiento al tiempo y la historia de un problema esencialmente espacial y geográfico.

La noción de utopía, extendida hoy a toda clase de proyectos, sueños y ficciones, manifiesta que la cartografía atlántica, tras medio milenio y tras el asomo humano al más allá de la atmósfera terrestre, lejos de debilitarse ha crecido en fuerza y precisión. El desafío titánico necesario no para realizar la utopía, sino para quebrarla, requiere de navegaciones y mapas que puedan ser para nosotros tan impactantes como lo fueron los viajes de Colón y Vespucio y las imágenes de Ribero y Mercator. ¿Quiénes confeccionarán esas cartografías? ¿Qué tipo de imágenes habrá en ellas? Y, por otra parte, apuntando a la más pequeña pero no menos esencial de las preguntas: ¿quién o qué será el ser que dará nombre a esa colección de imágenes que pueda guiarnos por otros mundo?

*Buenos Aires, Bahía Blanca*

*Diciembre de 2017 - Enero de 2018*